

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (Rom. 9, 1-5)



“Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos”

«Hermanos: Como cristiano que soy, voy a ser sincero; mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. Siento una gran pena y un dolor incesante, pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza y sangre, quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo.»

Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Suyos son los patriarcas, de quienes, según lo humano, nació el Mesías, el que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos. Amén.» (Rom. 9, 1-5).

“Como cristiano que soy, voy a ser sincero”: Tras el himno triunfal de S. Pablo del capítulo anterior, como gloria del cristiano que vive su fe, se va a introducir ahora el mismo Apóstol en el misterio de la tragedia judía impenitente, que rechaza de plano el proyecto salvador de Dios:

*«Vino a su casa, y los suyos **no lo recibieron.**» (Jn. 1, 11).*

*«**No queremos que ése reine sobre nosotros.**» (Lc. 19, 14).*

«Moriréis en vuestro pecado.» (Jn. 8, 21).

Y comienza S. Pablo enfatizando su veracidad sobre todo lo que va a decir: “*voy a ser sincero*”. Esta expresión sirve de toque de atención sobre un tema un tanto espinoso, conflictivo y desagradable, del que se pueden esperar reacciones menos deseables.

Si S. Pablo dijera como judío lo que va a decir a continuación, lo comprenderíamos con mayor facilidad, pues son laudables para el judío sus afirmaciones: y qué se puede esperar que diga un judío de los judíos; pero lo que va a decir, lo va a decir como cristiano proveniente del judaísmo apóstata: “*como cristiano que soy*”, lo cual hace más recomendables y menos sospechosas las afirmaciones de la elección de Dios por su pueblo, aunque su pueblo lo haya rechazado.

«NO MIENTO.

Los judíos que hacían la guerra a los apóstoles y a su predicación andaban diciendo que, por necesidad, una de dos: o el Evangelio es falso o Dios es un embustero... Efectivamente, se había prometido a Abrahán que enviaría las bendiciones a sus descendientes; ahora bien, en vez de a nosotros, se ha acogido a hombres impuros y extraños: a los gentiles. Si, pues, el resultado de aquellas promesas es, como decís, vuestra predicación, entonces es evidente que Dios engañó a nuestros padres; y si hablar así de Dios es blasfemo, entonces vosotros y vuestra doctrina sois falsos... Pues bien, S. Pablo quiere también liquidar esta argumentación y demostrarles que la doctrina del Evangelio es verdadera y que Dios no

ha engañado.» (S. GENADIO DE CONSTANTINOPLA, Fragmentos a la Carta a los Romanos; NTA 15, 386).

S. Pablo se va a manifestar como cristiano en su prístina verdad a un pueblo que sólo puede aceptar la mentira:

«Como os digo la verdad, no me creéis.» (Jn. 8, 45).

Con este antecedente criminal, ¿qué crees que van a decir de S. Pablo a aquellos enemigos de la verdad?:

«Toda la multitud le iba siguiendo (a S. Pablo) y gritando: “¡Mátale!”» (Hech. 21, 36).

“Mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento”: Vuelve a recomendarse S. Pablo aseverando su sinceridad ante los judíos en lo que va a decir, pero esta vez con el testimonio definitivo del Espíritu Santo.

Debe ser muy insigne lo que va a decir S. Pablo para hacerlo preceder con estas afirmaciones de total sinceridad.

“Siento una gran pena y un dolor incesante”: Para un cristiano que vive en Cristo Jesús, inspirado por el Espíritu Santo, es indudable el dolor que padece a causa de la infidelidad del hombre, en nuestro caso actual de la infidelidad del pueblo elegido, el judío, al que pertenece S. Pablo por parentesco. El dolor se siente más en lo vivo cuando se trata de la oposición del mismo pueblo natal, al que comprende en su oposición a la verdad, pues anteriormente también S. Pablo fue acérrimo enemigo y perseguidor de la verdad:

«Antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente.» (1 Tim. 1, 13).

Está, por tanto, muy bien capacitado S. Pablo para comprender la apostasía de los judíos, pues él mismo vivió anteriormente en su propia carne lo que ahora están viviendo los judíos.

“Pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza y sangre, quisiera incluso ser un proscrito (ἀνάθεμα) lejos de Cristo”: S. Pablo siente

una especie de fracaso ante la perspectiva que iba tomando el recrudecimiento del judaísmo frente al cristianismo. Con tal de triunfar en esta empresa de la conversión del pueblo judío, S. Pablo hasta “*desearía*” (no es que lo desee en el momento en que escribe) estar dispuesto a todo, aunque fuera la excomunión.

En realidad, es poco comprensible la expresión fuerte de S. Pablo. ¿Cómo se puede desear ser un maldito de Cristo Jesús? –Ni por salvar un judío, ni por salvar el infierno entero. Entonces, ¿qué quiere decir el Apóstol con esta cruda sentencia? –Parece que S. Pablo estaría dispuesto a padecer todas las consecuencias de un “*anatema* (ἀνάθεμα)”, pero sin las consecuencias morales que ello comporta, es decir, estaría dispuesto a padecer como una víctima ofrecida en holocausto, consagrada a la divinidad, para la remisión de los pecados de los judíos. En este sentido parece más explicable el deseo de S. Pablo, testificado por inspiración del Espíritu Santo, pero no es tan claro que la cosa quede endulzada por esta interpretación, sino que más bien parece que S. Pablo emplea una intencionalidad demasiado fuerte para estar fácilmente a nuestro alcance: “*proscrito lejos de Cristo*”.

«*Ανάθεμα*.

Algo colocado aparte, separado, “consagrado” a la divinidad; algo maldito.» (ZERWICK, M.; Analysis Philologica N. T. Graeci).

Parece que S. Pablo utiliza esta expresión exagerada como la más apropiada, con la intencionalidad de dar a entender a los lectores de su carta el dolor y la frustración que les causaba la impenitencia judía. Pero para nada tiene el deseo, ni presente ni futuro, de ser condenado por la conversión del judío. Esta expresión se asemeja un tanto a aquella otra expresión de Moisés a causa de la tozudez de su pueblo judío con lo del becerro de oro:

«Volvió Moisés donde Yahveh y dijo: “¡Ay! Este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse un dios de oro. Con todo, si te dignas perdonar su pecado... y si no, bórrame del libro que has escrito.”» (Éx. 32, 31-32).

«*MALDITO A CAUSA DE MIS HERMANOS*.

¿Por qué es digno de admiración que el Apóstol desee hacerse anatema en favor de sus hermanos, cuando sabía que el que tenía forma de Dios se humilló a sí mismo, asumió la forma de esclavo y se hizo mal-

dito en favor nuestro? (cf. Filp. 2, 6-8). ¿Qué hay de admirable cuando uno, siendo siervo, se hace anatema en favor de los hermanos, si el Señor se hizo maldito en favor de los siervos?» (ORÍGENES, Comentarios sobre la Carta a los Romanos, 7, 13; CER 4, 134).

«RELACIÓN DE PABLO CON LOS JUDÍOS.

Pues, en efecto, si como otros creían, quería hacerse anatema, convenía también ufanarse de esto por los gentiles (hacerse anatema por los gentiles); y si sólo se ufanara por los judíos (deseando hacerse anatema por ellos) mostraría que no lo quiere por Cristo, sino por la familiaridad con aquéllos (con los judíos). Y si solamente por los gentiles se hubiera ufanado no estaría tan claro; pero como era solamente por los judíos, se muestra claramente que lo hace atendiendo a la gloria de Cristo...

Y como realmente, al decir estas cosas (los judíos) blasfemaban de Dios, Pablo al escucharlas también se sentía ofendido, y doliéndose por la gloria de Dios deseaba ser anatema, si fuese posible, para salvarlos, acabar con su blasfemia, y que no pareciese que Dios había engañado a los antepasados de aquellos a quienes se les habían entregado los dones.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Carta a los Romanos, 16, 1, 2; PG 60, 550).

- **“Ellos descienden de Israel”:** “Israel” es el nombre que le pone Dios a Jacob:

*«En adelante **no te llamarás Jacob sino Israel**; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.» (Gén. 32, 29).*

De Jacob (Israel) nacieron doce hijos, que llevan el nombre de las doce tribus de Israel, pueblo elegido por Dios como hijo.

- **“Fueron adoptados como hijos”:** El Hijo natural de Dios es su Verbo eterno, Nuestro Señor Jesucristo (Unigénito). Nosotros somos hijos en el Hijo (Primogénito), es decir, somos hijos adoptivos. Pero si se rechaza a Cristo Jesús, se rechaza la adopción filial.
- **“Tienen la presencia de Dios”:** La catástrofe del Paraíso con Adán tiene una solución divina, la cual se ofrece a su pueblo elegido, Israel: Si se rompió la unión entre Adán y Dios, Dios busca de nuevo al hombre en Israel.
- **“La alianza”:** Si se rompió la alianza entre Dios y el hombre, de nuevo hace alianza Dios con el hombre: Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y su pueblo elegido. Dios revela, al igual que hizo

con Adán, su proyecto de salvación con estos hombres elegidos por Dios para ser testigos directos de su alianza.

- **“La ley”**: Toda la ley de Moisés y los profetas, en definitiva, todo el Antiguo Testamento.
- **“El culto”**: Muchos cultos idolátricos y vergonzosos hubo en tiempos pasados, e incluso en los tiempos apostólicos, pero ningún culto era verdadero, fuera del “culto” del pueblo elegido por Dios. Pero ese “culto” judío caducó y no tuvo el relevo que se le ofrecía al pueblo judío desde los orígenes. Ahora el verdadero culto a Dios está en el nuevo Pueblo de Dios, su Iglesia.
- **“Y las promesas”**: El objeto de “las promesas” es el anuncio del Mesías, que tiene su primer anuncio en el Paraíso:

«*Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar.*» (Gén. 3, 15).

Pero parece que este anuncio primero queda como en el aire, en espera de poder concretarse en su momento histórico. Mientras llega ese momento, Dios va preparando a su pueblo para la llegada del Mesías con multitud de “promesas”.

- **“Suyos son los patriarcas”**: “Los patriarcas” son la causa instrumental de Dios para hacer la alianza con su pueblo.
- **“De quienes, según lo humano, nació el Mesías”**: Por si te parece poco todo lo anterior, se reserva S. Pablo para el final el mejor argumento para darte a entender la importancia que ha tenido el pueblo de Israel con la venida del Mesías.

“El que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos”: Hay quienes piensan que esta frase la refiere S. Pablo al Padre eterno, no a Nuestro Señor Jesucristo. En cualquiera de los casos, tanto el Padre como el Hijo “está por encima de todo”. Y para que no te quede duda alguna, apostilla que es “Dios”, tanto el Padre como el Hijo, y esto “por los siglos”.

“Amén”: Reafirma S. Pablo todo lo dicho con un rotundo “amén”. Es como el sello y la rúbrica del documento que ratifica el contenido del mismo. “Amén”.

3ª Lectura (Mt. 14, 22-33)



“Mándame ir hacia ti andando sobre el agua”

«Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo en seguida: —¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó: —Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

Él le dijo: —Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: —¡Señor, sálvame!

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: –¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: –Realmente eres Hijo de Dios.» (Mt. 14, 22-33).

“Después que se sació la gente”: La impresión de la gente ha sido muy fuerte a causa del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. El ambiente religioso en que vive el judío de la época contiene una expectativa de la aparición inminente del Mesías Rey. ¿No será Jesús el Mesías? –Ahora que están saciados se desata la euforia y comienzan a suscitarse comentarios para hacer rey a Jesús.

“Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantarán a la otra orilla”: Jesús acaba de multiplicar los panes y los peces y las gentes se entusiasman. Teme Jesús que sus discípulos se contagien de los entusiasmos políticos de la gente y por eso también los apremia a retirarse del peligro. Más aún, es creíble que los discípulos se hubiesen dejado contagiar un tanto por los fervores patrióticos de la gente para hacer rey a Jesús. Es S. Juan quien relata el peligro que se cernía sobre la comunidad apostólica:

*«Al ver la gente la señal que había realizado, decía: “Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.” Dándose cuenta Jesús de que **intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey**, huyó de nuevo al monte él solo.» (Jn. 6, 14-15).*

Libra Jesús a sus discípulos del peligro popular, pero no de la temible tormenta nocturna en medio del lago, donde los introduce. Las gentes son más peligrosas para los discípulos de Jesús que las aguas engullentes.

“Mientras él despedía a la gente”: Jesús despide a la muchedumbre, saciada con la multiplicación de los panes y los peces, por la sencilla razón de que quieren hacerlo **rey temporal**. Jesús elude la degradación de lo sobrenatural y divino que supone esta pretensión de las gentes. Jesús no permitirá ver lo divino transmutado en algo natural y humano, cosa de la que tendría algo muy serio que decirte el apóstol Santiago:

«*Tal sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrena, **natural, demoníaca.***» (Sant. 3, 15).

La energía que usa Jesús para apremiar a sus discípulos a alejarse de la gente, y la energía que usa también en despedir a la misma gente, denotan el peligro de sedición política que realmente se suscitó con motivo de la multiplicación de los panes y los peces. Pero, hasta el final, Jesús seguirá diciendo que su Reino no es de aquí abajo:

«*Mi Reino no es de este mundo.*» (Jn. 18, 36).

Jesús, que ha venido a este nuestro valle de dolor para aglutinar a las gentes en su Iglesia, ahora resulta que despide y dispersa a todos, discípulos y gentes, pues el proyecto de Jesús a la hora de hacer a su Iglesia no va a consistir en algo que suelen usar los mortales contaminados por el hedor de Adán: poder, espada, economía, preeminencias, honores... ¡Qué fracaso!

“*Y después de despedir a la gente*”: Como el día estaba declinando cuando comenzaron a repartir los panes y los peces, es presumible que en este momento en que Jesús despide a la gente fuera al menos el inicio de la noche. Por tanto, no le debió resultar muy complicado disolver los entusiasmos bélicos, tanto tiempo alimentados por la instrucción del judaísmo. Por otra parte, el poder divino de Jesús se debió hacer irresistible, y las aguas volvieron a su cauce.

Podía haberse retirado Jesús a la soledad con su Padre y haber dejado a las gentes en su pretensión hegemónica. Pero no obra así. Jesús no para hasta que disuelve todo vestigio de dominio político. En su Iglesia no habrá algo que huela ni de lejos a los gobiernos de este fracasado mundo.

La pretensión nacionalista judía quedó desbaratada y “*despedida*” del ámbito divino: “*despidió a la gente*”. Queda condenada toda pretensión salvífica con los medios judíos, al igual que con los medios usados por cualquier cultura terrena. Fueron conscientes los judíos de la orientación que traía Jesús con el nuevo orden mundial y decidieron matarle:

«*Los fariseos se dijeron entre sí: “¿Veis como no adelantáis nada?, todo el mundo se ha ido tras él.”*» (Jn. 12, 19).

“Subió al monte a solas para orar”: Esta actitud orante de Jesús es muy frecuente. Pasaba muchas noches orando a su Eterno Padre. Se retira a la soledad porque no busca los **ruidos fatuos de éxitos humanos, o mundanos**. Da lástima contemplar a los reyezuelos y monarcas mundanos entregados con un fervor exacerbado a tronos destronados.

¡Bonita manera de construir un reino utiliza Jesús!: *“Despide a la gente”* y luego se esconde en el *“monte a solas para orar”*. Jesús deshace todo: Aquí no queda ni monarca ni súbditos. ¡Curioso, verdad!

“Llegada la noche, estaba allí solo”: Es el momento en que cada cual se ha ido al lugar asignado por Jesús: los apóstoles, a la barca; las gentes, a las aldeas, y Jesús, con su Eterno Padre.

La lección de Jesús para ti es clara, nítida en extremo: sumérgete en la solitaria morada interior de tu corazón para entregarte al amor de tu Creador y Señor, lejos de las turbas que tanto conturban, y espera allí tu misión.

Aquí aparece la *“noche”* de la fe, donde sólo brilla la luz divina, la interior, la que Dios proporciona a sus hijos para que no tropiecen en este mundo empedrado de tropiezos y encandilamientos de luces fatuas. Esta sabiduría no está al alcance de mortal alguno. Sólo la alcanzan aquellos a quienes Dios se la otorga, o mejor, aquellos que se abren a la iluminación divina, apagando los deslumbramientos terrenos, que no conducen más que a la mentira y la muerte (cf. Jn. 8, 44).

“Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra”: Había navegado mar adentro muchos estadios (*σταδίους πολλούς*), San Juan dirá que 25 ó 30 estadios:

«Cuando habían remado **unos veinticinco o treinta estadios**, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca, y tuvieron miedo.» (Jn. 6, 19).

Un estadio son 185 m. Veinticinco estadios son casi 5 Kms. Lo que se anda por tierra en una hora, les lleva a los discípulos toda la noche en el agua.

“Sacudida por las olas”: La industria humana y la pericia del nauta se ven afrentadas por las sacudidas de la naturaleza. Aquí los ojos corporales ven una tormenta, pero los ojos de la fe ven otra realidad más misteriosa y real que la apariencia amenazante de las criaturas. La oposición que ofrecen las olas, dato que constatan los sentidos corporales, no es más que un impulso hacia la adhesión a Jesús, dato que constata la fe, que remedia toda adversidad y prepara los ánimos para que puedan aceptar una doctrina tan importante como va a ser la promesa de la Eucaristía.

Las tempestuosas olas de este mundo *sacuden* tu alma de modo inmisericorde. Y si pueden anegarte en el fondo, allí te sepultarán victoriosas. Sólo Jesús te salvará del naufragio: ¡pídele auxilio!

Tu travesía por este mundo no va a ser de otra suerte que sufriendo las “*sacudidas*” de las tribulaciones. Y aunque las tribulaciones te aneguen mil veces, siempre estará Jesús con su mano tendida para elevarte del fondo a la superficie donde Él mora.

“Porque el viento era contrario”: Cinco kilómetros en una barca de la época, con viento contrario, supone muchas horas de navegación. Demasiado esfuerzo, mucho peligro y poco fruto.

En el mundo todos los vientos son contrarios para navegar hacia Dios. El mundo es un enemigo nefasto para el progreso espiritual. Las contrariedades que padeces son indicio preclaro de que caminas hacia Dios:

«El mundo no puede odaros; a mí sí me aborrece, porque doy testimonio de que sus obras son perversas.» (Jn. 7, 7).

Jesús no libra a los suyos de la lucha, aunque sí del naufragio. Se impone pelear para merecer la victoria divina.

“De madrugada”: Al pie de la letra: “a la cuarta vigilia (τετάρτη δὲ φυλακῇ)”. Los judíos, que habían adoptado el cómputo del tiempo romano, dividían las 12 horas de la noche en 4 vigilias. La cuarta vigilia transcurría entre las 3 y las 6 de la madrugada, que es cuando sale el sol. La lucha contra los elementos duró toda la noche.

Jesús había prolongado la oración hasta la madrugada, y los apóstoles también habían prolongado su lucha contra la bravura del oleaje

hasta esa hora. Fue la oración de Jesús la que les dio brío para aguantar hasta aquella hora tardía. No les libra de la lucha, pero sí del naufragio.

“Se les acercó Jesús”: Deja Jesús a su Padre, aunque sin dejarlo, y se va con sus discípulos, aunque no los había abandonado a merced de las olas sin ninguna providencia.

“Andando sobre el agua”: Con su caminar sobre las aguas move-dizas manifiesta Jesús su total señorío sobre los elementos, los mismos que hacen perecer al hombre. Jesús es invulnerable a nada y menos al pecado. Pero su trayectoria es hacia los suyos.

Si Jesús tiene poder sobre las aguas, es evidente que también tendrá poder para todo aquello que indique a sus discípulos. Y les dirá después del acontecimiento de las aguas que Él se hará Eucaristía. Ya están preparados para aceptar un mensaje tan sublime.

La majestad de Dios sobre las aguas es como un sol luminoso:

«Al levantarse de mañana brillaba el sol sobre las aguas.» (2 Rey. 3, 22).

“Los discípulos, viéndole andar sobre el agua”: Los discípulos contemplan cosas inauditas que los debe llevar a una correcta interpretación de quién tienen delante. En medio de su alboroto apostólico, donde ven peligrar sus vidas por la bravura del oleaje, un hombre camina tan tranquilo por encima de las aguas como por su casa.

«ELLOS LO VIERON CAMINANDO SOBRE LAS AGUAS.

La cuarta vigilia de la noche es el fin de la noche, ya que cada vigilia consta de tres horas. Significa, pues, que ya al fin del mundo ayuda el Señor y parece caminar sobre las aguas. Aunque la barca vacile por la marejada de las tentaciones, ve, sin embargo, a Dios glorificado, caminando sobre toda la hinchazón del mar, esto es, sobre todos los principados de este siglo. Antes de su pasión, cuando, con referencia a la misma, da ejemplo de humildad según la carne, se encararon contra Él las olas del mar y a ellas cedió de grado por nosotros, para que se cumpliera la profecía: “Llegué a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió” (Sal. 68, 3).» (S. AGUSTÍN, Sermones, 75, 7; PL 38, 476-477).

“Se asustaron”: El primer movimiento de la presencia de Dios produce **turbación** y se interpreta fantasmagóricamente su intervención en la historia. La reacción humana es la del grito, lamento, asombro.

“Y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma”: En principio, no reconocen a Jesús; pero, lo que es peor, hacen una interpretación peregrina: *“es un fantasma”*. Y es que después de la fatiga de toda la noche bregando duro, impresionados por el silbido del viento tormentoso, aterrados por el chasquido de las olas contra la barca, sacaron sólo agotamiento psicosomático; pero, además, añadiendo a este cansancio las aprehensiones propias de gentes sencillas y nocturnas, tenemos como desenlace final el fantasmagórico terror apostólico.

Dice S. Marcos que, como ocurrió con los discípulos de Emaús, Jesús hizo ademán de seguir adelante:

«Viendo que ellos se fatigaban remando, pues el viento les era contrario, a eso de la cuarta vigilia de la noche viene hacia ellos caminando sobre el mar y quería pasarles de largo.» (Mc. 6, 48).

Este gesto de aparente desentendimiento de los pescadores pone mayor dramatismo a aquel espectro que camina sobre las aguas:

«¡ES UN ESPÍRITU!

“Porque los discípulos –dice el evangelista–, al verle caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo que era un fantasma, y de miedo rompieron en gritos”. Tal es el modo ordinario de obrar de Dios; cuando Él está a punto de resolver las dificultades, entonces es cuando nos pone otras más graves y temibles. Así sucede en este momento; pues, como si fuera poco la tormenta, la aparición vino también a alborotarlos, no menos que la tormenta misma. Por eso ni deshizo la oscuridad ni de pronto se manifestó claramente a sí mismo. Es que quería, como acabo de decir, templarlos entre aquellos temores y enseñarles a ser pacientes y constantes.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 50, 1; PG 58, 505).

“Jesús les dijo en seguida: –¡Ánimo”: El segundo movimiento que ocasiona la presencia de Dios, del buen espíritu, como diría S. Ignacio de Loyola, produce **paz**: *“no temas”*. El mal espíritu, al principio, al igual que el buen espíritu, produce turbación, pero el segundo movimiento del

mal espíritu no se desenvuelve en paz, sino en incremento de turbación, desasosiego, tristeza, amargura, etc.

Es majestuosa la presencia lumínica de Jesús sobre las aguas al amanecer de una noche de duro bregar. Pero no menos majestuosa es la voz de Jesús en medio del griterío apostólico y el bramar de las olas:

*«Rendid a Yahveh la gloria de su nombre, postraos ante Yahveh en esplendor sagrado. **Voz de Yahveh sobre las aguas**; el Dios de gloria truena, ¡es Yahveh, sobre las muchas aguas! Voz de Yahveh con fuerza, voz de Yahveh con majestad.» (Sal. 29, 2-4).*

“Soy yo”: Esta expresión no es más que la definición de Dios: “*el que es*”. En su presencia caen todos los temores. Pero... ¿cómo pudieron distinguir la voz del Señor en medio del griterío, el silbido del viento y la bravura de las olas? –Jesús se acercó a la barca. Posiblemente después de los gritos de miedo, como dice S. Juan:

*«Cuando habían remado unos veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y **se acercaba a la barca**, y tuvieron miedo.» (Jn. 6, 19).*

Parece un poco forzado pensar que Jesús hubiera hecho ademán de alejarse después de haberse dado a conocer a sus discípulos por medio de su voz.

La voz del Señor pone paz y sosiego en su hacienda: ¡ay del camino que no escucha la voz de su dueño, ni lo transita! –Lo pisotearán las bestias. ¡Ay de la campiña que no escucha la voz de su señor, ni la visita! –La transitarán las alimañas. ¡Ay de ti si no escuchas la voz de Dios en tu corazón! –Te invadirán los vicios más diabólicos (cf. S. MACARIO, *Homilía 28*; PG 34, 710-711; Breviario IV, p. 270, *Miércoles de la XXXIV Semana del Tiempo Ordinario, Oficio de Lecturas*).

Pero si la dulce voz del Buen Pastor llega hasta tu interior, quedarás liberado de todo temor, se amansarán las espumosas olas de las tentaciones, se apagará el silbido de la antigua enemiga y volverán a tus brazos los bríos que recibiste de tu Dios y Señor.

“No tengáis miedo!”: La expresión es técnica y propia de la Sagrada Escritura, viene a fortalecer los ánimos conturbados de los auditores, la expresión tiene poder para producir en los apóstoles lo que significa las palabras que están escuchando. Ante la presencia de lo sagrado, que sobrecoge, los apóstoles temen, gritan, se sobresaltan, pero Jesús los pacifica: *“no temáis”*.

“Pedro le contestó”: Toma la iniciativa el que es cabeza de la comunidad apostólica. Va a imitar a Jesús, pero todavía no está preparado para suplirle, todavía estará Jesús algún tiempo más entre los apóstoles, mientras tanto disfrutarán de la intervención directa de Dios en sus vidas.

“Señor, si eres tú, mándame ir a ti andando sobre el agua”: Preciosa jaculatoria para degustarla toda la vida: *“Señor, si eres tú, mándame ir a ti”*. Se la dictó el Amor a S. Pedro. Indudablemente que S. Pedro ha reaccionado también a impulsos de impresiones contrapuestas: tormenta aterradora y apacible voz de Jesús. El movimiento eufórico que produce la paz después de la tormenta lleva a santas osadías: caminar sobre las aguas movedizas, pero caminando hacia el Señor.

La condición lingüística, *“si eres tú”*, no expresa una duda de S. Pedro, sino una certeza de la presencia de Jesús. Diríamos para entendernos: *“puesto que eres Tú, mándame ir hacia ti”*. ¿Se hubiera echado S. Pedro al agua si hubiera tenido duda de si aquel con quien hablaba era Jesús, o no lo era? –Sin duda que no lo hubiera hecho.

El caminar de S. Pedro sobre el agua supone en él una gran confianza en Jesús, pero supone más un gran amor hacia Jesús, pues S. Pedro quiere ir hacia Cristo Jesús, a despecho de la tormenta y de las olas encrespadas.

“Él le dijo: –Ven”: Jesús, deseando otorgar al hombre perfecto dominio sobre los elementos adversos a Dios, otorga el permiso para patear lo movedizo e inconsistente de este mundo. Así como Adán tenía dominio sobre las criaturas, pero lo perdió, así ahora S. Pedro recibe dominio sobre los elementos, pero todavía no está del todo preparado.

“Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua”: Hace unos instantes estaba aterrorizado ante la bravura de las aguas encrespadas por la amenazadora tormenta, y un poco después se lanza al agua sin temor

alguno. Queda de manifiesto un temperamento impetuoso y arriesgado, pero abierto y lleno de amor hacia Jesús.

Sus compañeros estupefactos ante la novelería petrina enmudecen viendo caminar también a Pedro sobre las aguas. La autoridad desconcierta, incluso se la verá flaquear: se hunde en las aguas. Pero es Pedro quien recibe la orden de ir hacia Jesús. No es sólo Jesús quien puede caminar por las aguas, tiene también poder para hacer que otros caminen con total dominio sobre los elementos.

“Acercándose a Jesús”: La trayectoria de S. Pedro será de un progresivo acercamiento hacia el Señor sobrenadando por encima de las tempestades de este mundo inestable. Jesús camina con estable firmeza hacia Pedro y Pedro camina con inestable fragilidad hacia Jesús. Y al final ambos se encuentran. ¿Qué falta ahora? –Que se den la mano. Jesús y la Iglesia se unen en estrecha unidad paterno-filial. La Iglesia recibe auxilio directo del mismo Dios. Adán, que había roto con Dios, recibe ahora el saludo auxiliador y salvífico de bienvenida.

Si fue el Bautista quien indicó con el dedo dónde estaba *“el Corredor de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Jn. 1, 29), fue S. Pedro quien recibió el saludo y quedó unido como pastor de la Iglesia a su Maestro. El Antiguo Testamento apuntaba hacia Jesús, pero es el Nuevo Testamento quien lo recibió y abrazó. Ya está Adán unido de nuevo con Dios.

“Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo”: El viento duró toda la noche, oscura imagen de la existencia terrena. Siempre estarás sumergido en temores. Si miras a tus pies, te hundirás; si miras al Corazón de Jesús, saldrás a flote de todo naufragio. Pedro carecía todavía de aquella firmeza de la fe que lo sacaba de sus aprehensiones naturales para transportarlo hacia las esferas celestes.

“Empezó a hundirse”: No es suficiente el primer impulso de la gracia. Dios quiere que colabores, de lo contrario Jesús no consumará el milagro de tu existencia movida por su divina providencia. Al menos debes ejercitarte poniendo en acto la fe para no verte anegado, como necesariamente ocurrirá en la ausencia de Jesús. No quiere Jesús que S. Pedro ni nadie crea que por sí mismo puede llegar a portento tan portentoso sin el auxilio de Dios, y por ello permitió el anegamiento temporal.

«PEDRO COMIENZA A HUNDIRSE.

El hecho de que Pedro, entre todos los pasajeros de la barca, se atreviera a responder y recibiera la orden de ir sobre las olas al encuentro del Señor, indica la disposición de su corazón en el momento de la pasión, cuando yendo tras las huellas del Señor, sin preocuparse de las agitaciones del mundo, comparables a las del mar, lo sigue con la misma fuerza en despreciar la muerte. Pero el hecho de que tuviera miedo manifiesta su debilidad en la tentación futura. En efecto, una vez que se atrevía a caminar sobre las olas, comenzó a hundirse. La debilidad de la carne y el temor a la muerte le empujaron hasta la fatalidad de la negación. Pero gritó y pidió al Señor la salvación. Ese grito es la voz suplicante de su arrepentimiento. Puesto que el Señor todavía no había sufrido, cuando Pedro recurrió al arrepentimiento, obtuvo a tiempo el perdón de su negación porque Cristo sufriría más tarde por la redención de todos.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 14, 15; SC 256, 28-30).

Es Adán el que se hunde en Pedro, pero es Jesús el que eleva a Pedro en Adán. Y así, toda la humanidad, que amenazaba quedar hundida en las aguas del pecado, ha sido salvada por la mano redentora de Cristo Jesús.

“Y gritó: –¡Señor, sálvame!”: Es la segunda jaculatoria petrina. La anterior jaculatoria la pronuncia S. Pedro embargado de gozo; ésta, de terror. Esta segunda jaculatoria, menos serena, es más segura que la primera. Clama la cabeza de la Iglesia por la necesidad que siente de ser también salvada por Jesús, y en él a toda la Iglesia:

«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos.» (Hech. 4, 12).

“En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró”: La respuesta de Jesús fue inmediata: *“en seguida”*. Jesús no se hace esperar, y menos cuando la urgencia lo requiere: *“el que pide, recibe”* (Lc. 11, 10). La petición es condición para ser regalado. Y S. Pedro mereció ser sacado de las aguas temibles. La oración suplió la deficiencia de su fe.

“Y le dijo: –¡Qué poca fe!”: Le dice Jesús a Pedro que no fue el viento, que no fue la tempestad, que no fue el agua, que no fue la barca, que no fue algo lo que le hizo hundirse, sino su *“poca fe”*.

Cierto que es muy recio el temporal tempestuoso de este mundo revuelto por la cola de Satanás, cierto que no tienes descanso mientras dure la noche de tu existencia terrena, cierto que tú estás investido de la pesadez de tu naturaleza deleznable, cierto; pero también es cierto que si no miras a cosa alguna de esto con los ojos del cuerpo, sino con los ojos de la fe, que descubren el poder infinito de Dios escondido tras los velos de las apariencias sensibles, entonces te mantendrás sostenido por el poder infinito de Dios y no por la fragilidad tempestuosa de unas aguas que están llamadas a desaparecer:

*«Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva –porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y **el mar no existe ya.**» (Ap. 21, 1).*

Para el hombre de fe “*desaparece lo terreno*” del horizonte de su vida, desaparecen los datos engañosos de lo natural, y se remonta por la fe hacia las alturas de aquel “*cielo nuevo*” donde mora la verdad inanegable e inamovible.

“¿Por qué has dudado?”: –Porque miraste lo engañoso del “*primer cielo y la primera tierra*”, y no miraste aquel “*cielo nuevo y tierra nueva*”. Mi querido hermano, apártate de toda propaganda consistente en “*el primer cielo y la primera tierra*”, que deja estragado el natural y lo inutiliza para todo lo trascendente. Mi querido hermano, acércate como S. Pedro a Cristo Jesús, donde hallarás desde la fe “*un cielo nuevo y una tierra nueva*”, que no te puede presentar este mundo engañoso.

Pero, además, no sólo no debes vivir en el engaño de la gran mentira mundanal, sino que has de desengañar a tus hermanos para que no sigan viviendo del “*padre de la mentira*” (Jn. 8, 44), sino de “*la Verdad*” (Jn. 14, 6), que es Jesús.

“En cuanto subieron a la barca amainó el viento”: Cuando Jesús entra en tu barquichuela, amaina el viento peligroso de las tentaciones y solicitudes putrefactas. Cuando Jesús y Pedro entran en la barquichuela de la Iglesia, se calma la tempestad. Ha llegado la hora del día de la eternidad. Aquí todo será calma infinita:

«LA CALMA RESTAURADA.

Cuando el Señor subió a la barca, el viento y el mar se apaciguaron; esto indica que la paz y la tranquilidad de la Iglesia eterna tornarán

después de su venida gloriosa. Puesto que Él vendrá y se manifestará, todos exclamarán: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”. Entonces todos los hombres confesarán clara y públicamente que el Hijo de Dios, no ya en la humildad de la carne, sino con la gloria del cielo, ha restaurado la paz de la Iglesia.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 4, 18; SC 248, 32).

Dice S. Juan que, después de encontrarse los discípulos con Jesús sobre las aguas, se produjo otro milagro, llegan de inmediato al lugar donde iban:

«Quisieron recogerle en la barca, pero en seguida la barca tocó tierra en el lugar a donde se dirigían.» (Jn. 6, 21).

La eficacia en conseguir el propósito del viaje se debe a Jesús. La huida repentina de las tentaciones insidiosas manifiesta la presencia operante de Jesús en la vida del cristiano:

“Los de la barca se postraron ante él diciendo”: Fue tan palpable la manifestación de la divinidad en Jesús, que los discípulos no pudieron por menos que caer en postura de adoración. Es también posible que estuvieran en la barca otras gentes distintas de los discípulos de Jesús, como familiares y conocidos.

“Realmente eres Hijo de Dios”: Después de la multiplicación de los panes y los peces, del caminar de Jesús por las aguas, de Pedro caminando sobre el agua hacia Jesús, del amainar repentino del viento, de la llegada instantánea al lugar donde iban (cf. Jn. 6, 21), se ha hecho un cúmulo de milagros demasiado seguidos como para querer empecinarse en no ver la grandeza que escondía aquel hombre llamado Jesús, y que no era otro que el “Hijo de Dios”, es decir, Dios.

Con la profesión de esta fe apostólica se inicia un itinerario glorioso para la Iglesia en dirección hacia la divinidad. La Iglesia cae prostrada a los pies del Creador y Redentor, Cristo Jesús.